

GLOSA AL CENTENARIO DE SAN FRANCISCO JAVIER

ANTES de llegar a ese archivo de testimonios históricos, a ese relicario de recuerdos místicos que encierra el solar de Javier, se alcanzan por el sendero de tierras navarras que a él conduce jalones que, cual índices luminosos, alumbran en la noche de los tiempos la esclarecida estirpe del Santo misionero. Entre Pamplona y Sangüesa está Idocin. Allí una vetusta torre, noble resto del palacio de doña Guillerma de Atondo, abuela paterna de San Francisco Javier y ascendiente de los actuales duques de Granada de Ega. En Sangüesa, la Casa Ortiz, con su fachada embellecida por el arte gótico y el prestigio de haber vivido en ella María de Azpilcueta, madre del Apóstol de Indias y antepasada de la duquesa de Villahermosa.

A dos leguas de Sangüesa, y como un contrafuerte de la cordillera pirenaica que limita Navarra y Aragón, la Sierra de Leyre. Sobre ese anfiteatro de montañas, el castillo almenado, fortaleza de fe, templo de historia, donde vió la luz primera, en 7 de abril de 1506, Francisco Javier de Jasso y Azpilcueta, descendiente, por la línea materna, de los Aznárez, que lo eran del duque Eridon Aznar, de cuya estirpe procedían, asimismo, los reyes de Navarra y de Aragón. Estas valiosas aportaciones para el estudio de la genea-

logía de Francisco Javier logró establecerlas, dándolas a la publicación tras de repetidas búsquedas e investigaciones en el archivo familiar de los duques de Granada de Ega, el sabio jesuíta padre Cros, autor de una documentadísima biografía del glorioso patrono de Navarra que apareció en 1900.

Las más antiguas noticias del castillo de Javier datan de los comienzos del siglo décimotercero y se hallan en el «Cartulario de Don Teobaldo, que cita y copia el famoso analista del reino de Navarra, padre Francisco de Alesson, de la Compañía de Jesús.

En el año 1217, siendo rey de Navarra Don Sancho el Fuerte, la fortaleza de Javier, fronteriza de dos reinos, le era disputada por Don Pedro, rey de Aragón, que llegó a apoderarse de ella; mas conveniencias políticas obligáronle de nuevo a cedérsela en 1223, y desde entonces la villa y castillo de Javier fueron propiedad navarra.

El primer ascendiente del Santo apóstol que lo morara fué don Aznar de Sada, que lo recibió por donación real en el año 1236.

Los abuelos del Santo, Arnalt Périz de Passo y Guillerma de Atondo, vivían en Pamplona con la opulencia propia a su alto rango de «infanzones o hijosdalgo». Fiel a su rey, Don Juan de Aragón y de Navarra, cuando las desavenencias que éste tuvo con su hijo el príncipe Carlos de Viana, perdió Arnalt Périz de Jasso, «auditor de Comtos y «finanças», su casa y bienes de Pamplona, sacrificio que procuró recompensarle dicho monarca, el cual también fué padre del primer duque de Villahermosa, el esforzado don Alonso de Aragón.

Señores del castillo de Javier fueron los Aznárez, y el último de ellos, no habiendo tenido más que una hija, doña Juana, casó con don Martín de Azpilcueta y son los abuelos maternos del Santo, pues la mayor de sus hijas, María, dió su mano al doctor Juan de Jasso, de cuya unión nació el insigne Francisco.

En el castillo se conservan intactos, pese al transcurso de los siglos y restauraciones habidas en él, la pila bautismal donde recibió el agua redentora nuestro Santo; también algunos objetos de su pertenencia, el de más estima un Cristo milagroso, de gran valor

artístico, que se venera en la capilla; las cuentas de un rosario y varios juguetillos de plata, marfil y madera labrada, que se guardan en una urna, así como otras reliquias atesoradas piadosamente, porque en ellas puso las manos el celoso discípulo de Cristo. Las huellas de sus plantas se marcaron en los tramos de piedra de una escalera que una verja de hierro separa ahora de ajenas pisadas. Dicho lugar, consagrado a la memoria del Santo, está presidido por una imagen del divino Francisco y pone en comunicación la torre de San Miguel con un patio que debió ser caballeriza primitiva del castillo de Javier. Ahora se halla piadosamente protegido por una cubierta de cristales decorados y mármoles con labor calada. En el zaguán de la escalera está la «Capilla doméstica», que data de 1620 y en la que recibe culto ese Crucifijo monumental a que nos hemos referido. Las leyendas de Javier describen cómo fué hallado en el hueco de un muro, y los historiadores señalan la remota antigüedad de la imagen, que elevan a los primeros tiempos del cristianismo. Existe la milagrosa creencia de que el Cristo «sudaba sangre» a la misma hora que moría, en 1552, el apóstol de Indias. Esta efigie del crucificado figuraba en las procesiones organizadas en Sangüesa durante el siglo XVII.

Hasta la edad de dieciocho años, el que luego habría de ser fervoroso apóstol de la cristiandad, habita en Javier con su madre y hermanos, pues su padre había muerto cuando todavía él era un niño. En 1523 marcha Francisco a París, a fin de estudiar en su Universidad. Allí del conocimiento con su compatriota Ignacio de Loyola se determina la vocación mística de uno de los más gloriosos Santos de la Iglesia Católica.

Sus heroicas virtudes le impulsan a la evangelización de Oriente, cuyas remotas tierras recorre desde el año 1541. Ante el fecundo apostolado del jesuita misionero se someten a la salvadora influencia de la civilización cristiana millares de seres.

En 1552 muere Francisco a la vida humana, dejando tan luminoso rastro de inmortal santificación en su seráfica conducta, que mueve a algunos familiares suyos a seguirle en el camino de virtudes que conduce a la morada eterna. Así su hermano Jerónimo y

otro sobrino, que ingresaron en la Compañía de Jesús. Murió éste en el colegio de Salamanca, cuando acariciaba la idea de marchar a Indias para continuar la labor redentora del Santo.

En el año 1614 se inició en la catedral de Pamplona la causa de beatificación de Francisco Javier. Por entonces el castillo que fué su cuna y que (al decir de Francisco de Azpilcueta, primo hermano del Santo) conservaba su traza de «palacio de cabo de armería o casa solariega de hijosdalgos con troneras y saeteras rodeada de foso que salva un puente levadizo», era visitado por numerosos peregrinos, que besaban el suelo del aposento donde nació Francisco.

En 1614, Fermín Cruzat y Sabalza, párroco de Santa María de Javier, testificaba en el proceso de beatificación que «visitantes venidos de Indias se llevaban astillas arrancadas de las puertas del castillo y le prestaban adoración besando sus paredes».

En 1620 celebran Sangüesa y Pamplona la beatificación, tomándole por patrono Navarra, Zaragoza y Tarragona.

En 1622, la Diputación de Navarra presta el juramento de patronato del Santo, cuya canonización se celebra con explosiones de fe y entusiasmo. Llena el mundo la glorificación de Francisco de Jasso y se inmortaliza el nombre de Javier.

En 1743, don Antonio de Idiáquez, conde de Javier, fundó una capellanía mayor en ese feudo de sus antepasados, cuyas venerables torres, tan desmochadas, habían perdido toda su histórica apariencia de escalonadas líneas de defensa. Ya no parecía un castillo, sino un viejo caserón rodeado de cercas, que circundaban el jardín de sombrío aspecto por los muchos cipreses que en él crecían. Del monumento señorial del pasado sólo perduraban los timbres caballerescos que en relieves heráldicos dejaron los Jasso y los Azpilcueta. El escudo de su noble linaje, sostenido por dos ángeles, campeaba aún sobre la piedra de sus ruinosos muros. Pero el blasón esculpido en esa fábrica, ya derruída, quedaba como una profecía de que le estaban reservados al castillo de Javier los más altos destinos, puesto que volvería a asentarse sobre él un inmovible baluarte de fe cristiana.

A mediados del siglo XIX, al morir un duque de Granada, conde

de Javier, se dividieron sus Estados y títulos entre sus dos hijas, por no dejar heredero varón. Recayó el señorío de Javier en la segunda, doña María Josefa de Idiáquez y Corral, duquesa de Villahermosa por su casamiento con don Marcelino de Aragón Azlor. De este matrimonio nació una hija, heredera del ducado de Villahermosa y del señorío de Javier, a quien le estaba reservada la dicha de devolverle al castillo antañón todo el esplendor de su pasado fastuoso. En las venerables ruinas del palacio de los Jasso y Azpilcueta iba a perpetuarse el renombre santificado de Francisco Javier.

En 3 de diciembre de 1882, el excelentísimo señor don José de Goyeneche y Gamio, conde de Guaqui, como demuestran documentos de la época, se dirige por oficio a la Excelentísima Diputación Foral y Provincial de Navarra, a fin de comunicarle el designio de su esposa la duquesa de Villahermosa, de restaurar el castillo de Javier, cuna de su ilustre antepasado el Patrón de Navarra.

En ese mensaje se pedía a dicha entidad cooperación para que fuera construída un carretera que facilitara la comunicación entre la villa de Sangüesa, el castillo de Javier y el famoso Monasterio de San Salvador de Leyre. Al poco tiempo, la Diputación navarra accedía a esa súplica de los señores de Javier: los escarpados vericuetos que elevaban al castillo, de difícil e incómodo acceso, dejaban paso a una bien trazada y amplia carretera, que intensificaba notablemente el tránsito rodado, indispensable al iniciarse las obras de reconstrucción del castillo. Inmediatamente dieron comienzo éstas, bajo la dirección del arquitecto navarro señor Goicoechea. No sólo se devolvió al palacio ancestral su perdido decoro y arcaica fisonomía, sino que se procuró adaptar la antigua morada de los Jasso y Azpilcueta, en su hechura interior, al objeto a que iba a ser destinado: convento de los hijos de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

Interrumpidas momentáneamente las obras, ya muy avanzadas, en el mes de febrero de 1893, por fallecimiento del señor conde de Guaqui, que era el alma de tan magna empresa, su viuda, doña María del Carmen Azlor de Aragón, apenas repuesta de su doloroso quebranto, se empeña con máxima celeridad en el resurgi-

miento de Javier. En el año de 1895 se corona felizmente el propósito, que convertía un caserón con aspecto de palomar en soberbio edificio. Por su empaque grandioso resultaba ser joya representativa del pasado histórico que simbolizaba. Asimismo, adecuado albergue del espíritu misionero y cultural que en lo futuro contendrían sus muros, destinados a fundación de un seminario apostólico. En él se formarían los discípulos de Francisco Javier, continuadores de su labor al difundir la fe de Cristo y la civilización hispana en lejanos continentes. Restaurado el castillo de Javier y ya habitado por los herederos espirituales del Apóstol de Oriente, la duquesa de Villahermosa comprendió asimismo que su obra podía tener digno remate en la erección de una soberbia iglesia aneja al castillo y en sustitución de la capilla, cuya construcción databa del siglo XVII. Esta idea vino a enlazarse con otra, que acaso fué la impulsora de la pronta realización de ambas. Consistía el proyecto en cimentar dicho templo, contiguo a la Residencia de los hijos de Ignacio de Loyola, sobre una cripta en la que, a la sombra augusta, al amparo secular y ancestral de San Francisco, pudieran dormir su sueño eterno los fundadores de toda esa obra imperecedera de divina glorificación.

La primera piedra de la cripta fué colocada el 24 de mayo^o de 1896, domingo de Pentecostés. Asistieron al acto el obispo de la Diócesis y el superior y Comunidad de Jesuítas establecidos ya en Javier. Ocho meses después terminaban las obras de esa cripta funeraria, que iba a servir para enterramiento de los duques de Villahermosa, condes de Guaquí. A los cinco años justos se inauguraba el magnífico templo consagrado a San Francisco Javier, en solemnísimas ceremonias que tuvo lugar el 19 de junio de 1901. Estaba presente la generosa donante, doña María del Carmen Azlor de Aragón e Idiáquez, duquesa de Villahermosa, a la que acompañaban diversos prelados. Ostentaba la representación de Su Majestad el Rey el duque de Luna, cuya estirpe estaba vinculada igualmente a la del Santo Apóstol de Indias.

En ese confín de España que limita el baluarte pirenaico, como gigantesco libro de horas que se abriera a la devoción navarra, se

perpetuaba, en piedra de historia, la gloria mística de Francisco Javier y la piedad fecunda de su ilustre descendiente la duquesa de Villahermosa.

Los ángeles tenantes del blasón del castillo de Javier elevan al cielo desde entonces esos lemas heráldicos del NIHIL ULTRA y VIRTUS VERA, NOBILITAS entre nubes infinitas de incienso. Los peregrinos que vayan a Javier podrán leer, antes de entrar en su iglesia, estos versos ejemplares, predisposición de fervorosas oraciones :

*Detén tu paso y reflexiona atento,
antes de penetrar estos umbrales,
que vas a visitar un aposento
que merece respetos celestiales.
Aquí nació Javier, aquel portento
que en la India y playas orientales,
con un celo ferviente y nunca visto,
granjeó medio Globo a Jesucristo.*

JULIA MÉLIDA.

